

Poner etiquetas: una forma de malbaratar las relaciones y alimentar los conflictos

Cada día resulta más evidente que los conflictos son el centro de atención en los contextos educativos. Con algunas diferencias, según las edades a las que se haga referencia, los educadores y educadoras nos hallamos sometidos a una constante presión que proviene de ámbitos muy diversos: las propias aulas, los equipos docentes, los colectivos de padres y madres, las distintas instituciones y administraciones educativas, ... Resulta relativamente sencillo desviar nuestra mirada hacia cualquiera de esas direcciones para encontrar excusas autojustificativas respecto a la imposibilidad de abordarlos con ciertas expectativas de éxito. Esta actitud, a menudo, nos hace perder de vista otras formas de reconocerlos, comprenderlos y abordarlos.

A mi modo de ver uno de los factores que influyen en la aparición constante de conflictos está relacionado con nuestra permanente necesidad de poner etiquetas. Las etiquetas se utilizan para ordenar, clasificar, ..., diferentes cosas. A menudo nos imaginamos que en la escuela, con las etiquetas, clasificamos el comportamiento y las actitudes de los niños y niñas, y también de los propios colegas, con lo cual nos parece tener una panorámica más tangible, más controlada, de las complejas situaciones con las que nos manejamos.

Pero, quizás, **las etiquetas aparecen como una frustración al no encontrar sentido a un dolor**. Este dolor tiene sus raíces en las mil y una complicaciones que se dan en las relaciones, en la incomunicación, en la imposibilidad de encontrar un camino que permita que ésta pueda prosperar. Las etiquetas son un sustituto, un sucedáneo de ese sentido: cuando no podemos explicarnos qué nos pasa en la relación con el otro buscamos un símbolo que sintetice esa dificultad.

Vistas desde esta perspectiva las etiquetas no clasificarían, en esencia, tanto al otro sino más bien nos estarían hablando de nosotros mismos. Este hecho nos lo podemos imaginar, por ejemplo, cuando decimos que un niño es hiperactivo, puesto que no lo decimos en tanto la propia esencia del mismo niño, que en todo caso no "es" inestable, imparable, sino que "se muestra"¹ así, más bien en la dialéctica respecto a nuestra necesidad de que se esté quieto, y quizás detrás de esta necesidad se encuentra instalada la represión de nuestro propio movimiento, o la necesidad de un orden que nos permita controlar la situación sin sorpresas desagradables. De ahí que, el problema de las etiquetas, no corresponde tanto al ámbito de las individualidades, y a sus peculiaridades, sino a las resonancias que generan en los contextos relacionales. A menudo las utilizamos de una forma obsesiva como un autocastigo a nuestra propia impotencia.

Y sin embargo, ¿podemos sobrevivir sin etiquetar? Pienso que difícilmente; somos seres limitados, contruidos en una complejidad de vivencias, aprendizajes, sentimientos, emociones, y condicionados por muchos contextos. No resulta posible estar permanentemente delimitando todas estas interacciones y nos hace falta, a menudo, echar mano de estos sucedáneos para ir vadeando los contratiempos surgidos en gran diversidad de situaciones. Y, al mismo tiempo, tampoco podemos quedarnos atrapados en ellas.

Para que las etiquetas, de alguna manera, no ejerzcan todo su potencial negativo podemos plantearnos algunas prevenciones:

¹ Siempre deberíamos tener presente distinguir entre el estar i el ser, entre la función (rol) i la persona

- . no deberíamos tomárnoslas seriamente, corriendo con ello el riesgo de conceptualizarlas, porque sino las perpetuamos y, con ello, favorecemos la culpabilización y estigmatización del otro
- . deberían ser móviles, intercambiables, permeables
- . las deberíamos utilizar como una excusa para hablar sobre las relaciones, más que del propio contenido de la etiqueta y, en exclusiva, de aquel o aquella a quien va dirigida
- . deberíamos vivirlas como un ejercicio de humildad, de reconocimiento de nuestras propias limitaciones

Viéndolas desde esta perspectiva, las etiquetas, y los conflictos que surgen a raíz de una utilización poco reflexiva de ellas, devienen más una herramienta que un lastre. Igual si ejercitásemos éstas actitudes podríamos cambiar algunas de las dificultades con las que convivimos cotidianamente en los centros educativos.

Carles Parellada Enrich
ICE Universidad Autónoma de Barcelona
Bellaterra, 20 de diciembre del 2000